

el Amor que en la Vida. Soñó que su alma podía cumplir su destino más allá de los límites sensibles.

El estado de ánimo en que se hallaba la poetisa, la llevó a familiarizarse y traducir algunas poesías de Geraldine, Shakespeare, Ackermann, Lamartine y Goethe. Estas traducciones de tres lenguas están hechas con una fidelidad, fluidez y belleza de expresión que sólo consigue el poeta que logra igualar con su emoción refleja la inspiración original. Además, requieren un conocimiento profundo de los idiomas que se utilizan

Finalizan el volumen algunas composiciones que la poetisa destinó a sus hijos, y de los cuales destacaremos sólo este concepto que muestra su gran corazón material: «La bondad es un talento del alma de exquisita calidad y de muy superior esencia al talento vulgar que muchos poseen».—DAVID PERRY B.

<https://doi.org/10.29393/At148-232DPRA10232>

ROMANCES DE AGUA Y LUZ. *Poemas de Carlos René Correa.*—
Editorial Nascimento. Santiago, 1937.

Este joven poeta se ha formado en el ambiente casto y seráfico del Seminario Conciliar de Santiago, vale decir que su adolescencia se habituó a la soledad, al recogimiento, las penitencias y los ayunos, a la meditación en las cosas fundamentales y eternas. Dios lo tuvo en el rebaño de sus almas predilectas, y en sus arrobamientos místicos rozó su frente un lam-po de la luz redentora de la gracia, su corazón ardió en las noches de vigilia como un leño devoto en la celeste lumbre. Su curiosidad vigilante, su afán de conocer todos los caminos y las encrucijadas del mundo, lo hicieron abandonar la soledad inmaterial del claustro y ha salido a peregrinar por los valles y ciudades en que luchan y sufren los hombres. Pero no hay peligro de que este discípulo del Señor se descarríe. Lleva encendida en su alma la antorcha reveladora de la fe, y sus mi-

radas diáfanas son como esas aves que cruzan los pantanos sin enlodar las nieves del plumaje. La virtud, como el ave de la leyenda, renace cada mañana más pura de las cenizas de la hoguera sexual. Tal vez sintió el poeta que no era suficiente para servir a Dios permanecer enclaustrado en la contemplación divina, lejos del aguafuerte de las tentaciones, y se fué por el mundo a decir a los hombres indiferentes y culpables su Evangelio de amor y de belleza.

La educación religiosa, presenta a las mentes juveniles el universo como un símbolo del pensamiento divino, la historia como el proceso de realización del plan de Dios en la humanidad, muestra las dificultades, el dolor y la muerte como etapas de una superación constante, como accidentes necesarios en el camino de superación del espíritu sobre la materia. Esta enseñanza que exhibe a la naturaleza y a la humanidad como un plan coordinado para lograr, por fin, la liberación del alma de las garras de la fiera, puede ser a la vez saludable y pernicioso para la juventud. Será funesta para las mentes perezosas e inactivas, que renuncien a meditar por su cuenta en todos los problemas que nos circundan, y que se conformen con aceptar sin reflexión propia las soluciones contenidas en los textos sagrados. Por lo demás, esta clase de inteligencias conformistas y dogmáticas sacarán muy poco partido de cualquier sistema educacional. Pero cuando se tiene una mente activa e inquisitiva, cuando se toma la religión como una luz para iluminar los abismos de la duda y examinarlos con mirada propia, preguntando a cada cosa su secreto, tratando de ubicarla en el gran proceso de la evolución, cuando se desarma y se vuelve a armar con las herramientas del análisis y la síntesis el gran mecanismo de la Creación, entonces la antorcha de la religión, el cayado de la fe, son guías inestimables que nos ayudan a salir del caos que nos envuelve.

Correa ha probado tener una inteligencia activa y vigilante, una fina sensibilidad, una cristiana fortaleza y dulzura de

carácter. Con estas cualidades, creemos que su paso por la tierra será fecundo y que sus miradas apacibles irán descubriendo cada día nuevos tesoros de verdad y belleza. En la conducta, en la serenidad de las palabras y la bondad de los juicios de Carlos René Correa, se advierte que su alma ha logrado una gran belleza moral, y la belleza moral es una etapa superior en la marcha hacia la perfección que la mera agudeza intelectual. La inteligencia ha aparecido en el mundo antes que la bondad, pues aquélla surgió en el alba de la humanidad—y existe en cierto grado en los animales superiores—para servir al individuo, para ayudarlo en la lucha por la supervivencia. En cambio, la bondad, el amor hacia los demás son cualidades desarrolladas en la convivencia social y miran a la utilidad de grandes núcleos de la familia humana. Por eso ha dicho un pensador que la bondad es la más noble forma de espiritualidad. Y la bondad, que es puramente altruísta y desinteresada, que se propone el bien de los otros, viene a ser en último término el principal factor de adelanto personal, porque en el orden espiritual, el más grande no es el que más ha guardado sino el que ha dado más. Por otra parte, el hombre no puede progresar aislado. La superioridad sobre el medio, cuando es muy acentuada, produce malestar y aislamiento. Sólo las sociedades cultas culminan en hombres superiores.

No debemos olvidar entre las ventajas de la formación cultural de nuestro poeta, sus dilatados estudios de latín, que le han permitido beber en las fuentes más puras de los clásicos: Virgilio, Lucrecio, Tíbulo, Lucano. El latín lo arma del conocimiento de la génesis de nuestro idioma castellano, lo que confiere un estilo preciso, enérgico y brillante.

Correa ha tenido el buen gusto de iniciarse con sencillos temas campesinos, con evocaciones flúidas y emocionadas de los hermosos paisajes en que discurrió su infancia. Los asuntos místicos, las plegarias y visiones del convento, tienen el fervor y el calor con que se funden en el verso los sentimientos arrai-

gados hondamente en el corazón. Su libro primero, «Caminos en Soledad», mereció elogios de la crítica de todos los sectores, tanto de la que acepta la tradición, como de la descontentadiza crítica vanguardista, esa crítica que exige al poeta un desasimiento absoluto del haber literario del pasado, mirando como un estigma vergonzante conservar siquiera un vago parecido con los maestros de ayer. Y es que el arte verdadero, el que brota del corazón, es siempre puro y joven, cálido y cristalino como esas aguas, sangre del mundo, que suben cargadas de minerales del corazón de la tierra y afloran en las montañas. El corazón es uno de los órganos más viejos de la anatomía humana. Por eso es que trabaja siempre y nunca reposa. Su rítmico latido mantiene en actividad el riego de la sangre silenciosa en el sueño y la vigilia. El arte que brota del corazón tiene esta misma virtud, de vivir y latir siempre, en plena juventud, sin retardar ni detener jamás su impulso, sin envejecer ni morir. Y este arte de los sentimientos y las emociones puras, penetra hasta el alma y la fortalece, muchas veces sin el consentimiento presuntuoso del pensamiento, como el corazón sigue alimentando al cuerpo mientras el cerebro duerme.

El poeta sacerdote Francisco Donoso, claro cerebro y noble corazón, celebró el libro «Caminos en Soledad» sin reservas. Hay en estos versos de adolescencia gracia, fluidez, colorido, emoción. Hay allí abundancia de imágenes y metáforas, recursos poéticos que no son solamente galas del estilo, sino testimonios del descubrimiento de vinculaciones y correspondencias entre las cosas y entre las cosas y el alma. Las imágenes no han sido buscadas afanosamente y amontonadas en desorden en el poema, como las reses muertas de un cazador implacable, tal como lo hacen muchos poetas de hoy. Allí las imágenes aparecen a su debido tiempo y lugar, como se presentan las hermosuras del paisaje al caminante atento y emocionado, y por eso las imágenes viven y conviven en el conjunto armónico y espiritual del poema.

Ahora el poeta nos presenta su segundo libro, «Romances de Agua y de Luz». El romance está de moda en nuestros días, triste es confesarlo, pues en arte y sobre todo en poesía, su forma más espiritual, jamás debe haber modas, las que acusan un predominio de la imitación sobre la creación. Sin embargo, la actualidad o el cultivo exagerado del romance, es una moda tolerable, pues esta es una forma muy sencilla, sin pretensiones, en que se puede vaciar fácilmente una personalidad. Es justo reconocer que Correa ha elegido un género que está dentro de sus aptitudes y preferencias sinceras, logrando escribir bellos romances.

«Molino de Viento», «Constitución», «Manos de la Amada», son piezas literarias de valor por su colorido, agilidad, la gracia leve, pero no frívola, el encanto rústico y eglógico que circulan en los versos. Estas no son colecciones de fotografías inmóviles. Aquí la naturaleza vive y cambia en su transformación incesante. El mar salta y canta, el aire nos golpea la cara, saturado de aromas y gérmenes, la luz penetra por todos los poros del mundo, el río camina hacia el mar con su cargamento de estrellas.

Nos atrevemos a augurar a Correa un buen porvenir literario, siempre que frene un poco su abundancia y trate de ganar en profundidad lo que pierda en extensión, siempre que deponga sus impacencias por la notoriedad—miraje de la juventud—y luche honrada y tesoneramente por alcanzar la plenitud de su destino. La naturaleza guarda sus tesoros de belleza bajo montañas de piedra, como sus oros y diamantes, y sólo consiguen arrancarle sus secretos los luchadores esforzados. En esta cruzada del arte, pocos logran llegar a la Ciudad Santa y verla irradiando esplendor en la quietud del horizonte, pero todos la llevamos prendida en el corazón y la presentimos en la distancia y es un deleite luchar y morir en la jornada para que otros alcancen el supremo bien.—DAVID PERRY B.